íntima, y conociendo parte de mis desgracias, me aconsejó que me valiese de un amigo nuestro, don Celso Valdespino, el cual generosamente se ofreció á ir en busca de mi familia.

»Algunos meses ha pasado por la costa, escribiéndome á veces cartas que me llenaban de esperanza y á veces noticias que me causaban el más profundo desconsuelo.

»Volvió, por último, á México; y con los buenos datos que adquirió, y ayudado de sus rectas intenciones y de su clara inteligencia, encontró á esa hija que tantos años lloré perdida.

»Esta es, señores, mi historia: en cuanto á don Celso, aunque esta clase de servicios con nada se pagan, hoy, para mostrarle mi gratitud, le he enviado los títulos de propiedad de una casa en la calle de Mesones, que puede producirle una renta de trescientos pesos cada mes.»

CAPILLA ALFONSINA

LIBRO SEXTO

FUEGO, SANGRE Y EXTERMINIO

I

El 11 de Abril

Creo que nuestras tropas se han retirado de Tacámbaro, y que nos lo vamos á encontrar solo.

— O tal vez esté ocupado por el enemigo: en Tusantla nos dijo uno que los belgas se dirigían para este punto.

— Es preciso tener muchas precauciones, no vayamos á dar en la boca del lobo; yo conozco poco este terreno.

— Pero quien lengua tiene á Roma va.

Este diálogo lo sostenían dos hombres que bajaban tranquilamente por la cuesta del Toro, que dista poco menos de dos leguas de Tacámbaro, por el camino de Zitácuaro.

A fuer de hombres francos, y para no hacer de ello un misterio, al lector debemos confesarle que eran no más

que Jorge y Murillo, que regresaban de México buscando su cuartel general.

— Mira, dijo Jorge: por allí veo á un hombre á caballo, y ése puede darnos razón.

— Es soldado, porque distingo el mosquete.

— ¿Será de los nuestros?

— ¡Quién sabe! Por sí ó por no, lo mejor será ir rodeando esta loma, y salirle de repente.

— Nos emboscaremos detrás de esos encinos, á ver si viene solo.

— Pero pronto, que puede vernos.

Los dos se ocultaron tras un grupo de encinos, y amartillaron sus pistolas.

El hombre seguía acercándose confiadamente, y según su traje debía ser un chinaco; pero no era seguro que lo fuese, porque también el Imperio tenía soldados de blusa y sombrero ancho.

El caballo subía poco á poco la cuesta, deteniéndose de cuando en cuando á tomar resuello; el jinete le dejaba hacer, no tenía prisa, y se divertía en cantar.

Los chinacos son cantadores como zenzontles, en el camino, en el campamento, en todas partes; y cuidado que tomen una canción á su cargo, que todo el día y toda la noche se oirá por todos lados.

Entonces su canción se llamaba la «Churumbela».

— Viene cantando, dijo Jorge.

— La Churumbela, contestó Murillo.

— Entonces es nuestro.

— Oiremos.

El hombre cantaba:

«Dicen que vienen los belgas
Bajando por el Parral;
Que vengan ó que no vengan,
Por nosotros es igual.
Churumbela de mi vida,
Churumbela de mi amor,
A la guerra van los hombres,
¡Válgame Dios! ¡qué dolor!»

— ¡Gallo! exclamó Murillo.

— Gallo, mi asistente, repitió Jorge.

Y salieron de su emboscada.

— ¿Quién vive? gritó Gallo con una voz estentórea, templando las riendas y sacando rápidamente el mosquete.

— República, contestaron los otros.

— ¿Qué regimiento?

— Zitácuaro.

Gallo se acercó sin bajar el mosquete, á pesar de ver á los otros con ademanes tan pacíficos.

— Gallo, dijo Jorge.

— ¡Mi capitán! exclamó el soldado con una alegría que nadie en el mundo hubiera supuesto fingida. Señor Murillo, ¡qué gusto! ¡ah, cómo los han extrañado! Yo estoy en un cuerpo; pero ahora me vuelvo con mi capitán.

Y abrazaba á los dos oficiales, una y otra vez, y los veía y volvía á abrazarlos.

CAPILLA ALFONSINA

— ¿Qué hay por acá de nuevo? preguntó Murillo.

— Que los belgas están en Tacámbaro.

— ¿Y los nuestros?

— En Turicato: aquí cerca está la escolta del general en jefe, y toda la infantería anda por Zinapécuaro.

— ¿Tú á dónde vas?

— Yo vine á explorar, y voy á ese cerro, desde donde se divisa muy bien, á pasar allí la noche, y mañana temprano á Turicato.

— Entonces esta noche nos quedamos aquí contigo, y mañana nos vamos á ver al general en jefe.

— Pues vamos, dijo Gallo. Y echó á andar por delante.

Siguiendo á Gallo, que atravesaba el monte sin llevar camino señalado en la tierra, llegaron los oficiales á un cerro elevado, que desprendiéndose de la cordillera, se avanzaba dominando á los que le rodeaban, como un observatorio.

Gallo se apeó y comenzó á desensillar los caballos de Jorge y de Murillo, que le habían imitado.

— Pero hombre, dijo Jorge, ¿qué es cosa de desensillar?

— Sí, señor; ahora verá usted.

— ¿Tan cerca del enemigo?

— ¡Si no sacan ni las narices! Mire usted, aquí podemos verlo todo y dormir seguros; no hay más subida que la que hemos traído, y desde aquí se descubriría una fuerza desde que saliera de la plaza; vea usted, todavía hay bue-

na luz: Tacámbaro está entre dos cerros elevados; pero ese del camino de Morelia domina completamente.

—¿Y lo tienen ocupado?

—No, señor; tienen poca caballería: serán ochenta dragones imperiales y cuatrocientos infantes belgas; tienen un cañón de montaña frente á la Parroquia. Esta noche duerman tranquilos, yo respondo.

—¿No tienes algo que comer por ahí?

—Tortillas... queso... carne... aquí no estamos como en Zitácuaro... tengo un trago de mescal, puros...

Y conforme nombraba algo lo iba sacando, como comprobante, de dos alforjas que colgaban á los dos lados del arzón de la silla.

Los oficiales traían también algo de provisiones, y comieron alegremente.

La noche cerró y comenzó el frío. En una hondonada y fuera de la vista de la ciudad, se encendió una hoguera, y los dos jóvenes se acomodaron para dormir, fiados en la vigilancia del asistente. La edad y el cansancio lo exigían, y estaban cayéndose de sueño.

—¿Vamos á dormir? dijo Jorge.

—Sí, pero creo que voy á soñar á don Leonardo Márquez.

—¿A Márquez? ¿y por qué?

—¿No te acuerdas que mañana estamos á 11 de Abril, aniversario de los célebres asesinatos de Tacubaya?

—En efecto, mañana es el aniversario de un día bien triste; y sin embargo, no sé por qué, pero el corazón me anuncia algo de bueno, y lo espero, ¡es tan noble siempre el corazón...!

—¡Ojalá! contestó Jorge distraído.

La noche había cerrado completamente, y soplaba un viento terrible; los árboles se agitaban doblándose algunas veces como dominados, y enderezándose luego como para luchar de nuevo, produciendo un rumor semejante al de un mar agitado.

De cuando en cuando una ráfaga más violenta que las otras arrancaba de raíz algunos arbustos ó deshacía algunos montones de maleza y hojas secas, de esos que se forman sin saberse cómo en los bosques; y arrastrados estos despojos, cruzaban entre los troncos de los árboles, como reptiles que huyen en bandadas.

Al pie de la roca en que fijaron su asilo Jorge y Murillo se perdía la vista en una densa obscuridad entre la que brillaba vacilante la luz de alguna casa, y el mismo rumor de los árboles y del viento subía remedando siempre el ruido del mar.

—¡Cómo me recuerda ese rumor del viento el ruido del Océano! dijo Jorge.

—¿Te gusta mucho el mar?

—Me encanta, sobre todo de noche. Algunas veces, cuando vivía tranquilo en mi casa, me embarcaba á me-

CAPILLA ALFONSINA

dia noche en una lancha ligera, con dos vogas que remaban sin hacer ruido, y me llevaban mar adentro, mar adentro, hasta perder el ruido que hacen las aguas contra las rocas, hasta que los tumbos no interrumpían aquel silencio divino: entonces, sentado en la popa, sin ver nada, sin oir nada, sin sentir más que el movimiento de las aguas, entonces pensaba... pensaba...

— ¿Y en qué pensabas?

— ¡Caramba!... ¡en Dios!...

Los dos callaron; y como si la respuesta de Jorge hubiera sido la señal del silencio y el punto de la meditación, no se volvieron ya á dirigir la palabra; y arrullados por el rumor de la arboleda y pensando quizá en Dios, se durmieron. Murillo soñó que volvía á ver á Leonor; Jorge, que Alejandra y Elena lloraban, y que él no se atrevía á consolar á ninguna por temor de la otra.

El que duerme en un monte sin más toldo que el firmamento, despierta siempre antes que llegue la luz, porque la aurora tiene allí por mensajeros, no á los blandos céfiros perfumados de que hablan los poetas que nunca han visto la rosada aurora, sino un vientecillo penetrante y frío que se cuela hasta la médula de los huesos y ante el cual huye Morfeo á toda rienda y sin ninguna consideración.

Los oficiales durmieron hasta que llegó lo que se llama la madrugada, y con ella el viento y con él el frío.

FABRICA ALFONSINA

— Vamos; arriba, Murillo, dijo Jorge.

— Vamos, contestó Eduardo sentándose.

La hoguera ardía aún, y junto á ella estaba el asistente, tan despabilado como si fuera medio día.

— Mi capitán, dijo con una sonrisa de franqueza y de satisfacción que daba gusto: ¿se desayunan?

— ¿Qué tienes por ahí? preguntó Jorge.

— Pues lo de anoche.

Calentáronse las tortillas; y estaban desayunándose alegremente, cuando, por el lado de Tacámbaro, un relámpago brilló entre la bruma de la mañana y se oyó luego el estampido de un cañón.